

EDUARDO DIEZ DE MEDINA

MARTHA

ó

los tres lirios

1902

© Rolando Diez de Medina, 2005
La Paz – Bolivia

A
Luis Berisso
y
Eugenio G. Noé

Prólogo

La voz amiga de Eduardo Diez de Medina, que me llega en reclamo generoso, decídme á esbozar algunas líneas que sirvan de prólogo á este libro suyo, pequeño y bello como rosa en botón, albo y delicado como plumón de cisne.

No cabe exponer un juicio adusto y grave sobre este poema de amor, psalmo primerizo de un alma radiante y joven, para la que suena todavía la hora del sentimiento, esa hermosa hora de la vida que es fecunda como Hécuba. Opinión será la mía, llana y sencilla, apasionada acaso sincera empero, con todas las sinceridades galantes del afecto; bien es cierto que el afecto no es el mejor elemento de crítica literaria.

*
* *

Tómese nota desde luego, de que yo soy amigo del DILATANTISMO artístico, de ese que canta las formas de la mujer, sin analizar y exhibir sus pasiones trágicas, movedizas y sombrías. Soy adversario de esa puerilidad literaria convertida en escuela, que no ha tomado de la poesía helena la savia vigorosa que la nutre, sinó su FORMA, la plasticidad del verbo mujeriego y banal; y que del arte latino solo ha plagiado el cautivador encanto de la frase y los ricos relieves del lenguaje; olvidando que Homero lírico, Esquilo trágico, Horacio filósofo, Lucrecio soberbio y grande, llenaron de resplandores el mundo antiguo y conmovieron el corazón de los pueblos, porque tradujeron las pasiones de su época, porque cantaron á la ciencia y aliviaron á la humanidad; que en los modernos tiempos Shakespeare, el gran dramaturgo, Goethe, el germano luminoso, Chenier, el pensador excelso, Tolstoy, el indomable evangelista, Bourget, el psicólogo inimitable, Díaz Mirón y Vargas Vila, los americanos exóticos y geniales, son los continuadores de la obra magna, los apóstoles de la poesía HUMANA, civil y heroica, porque agitan y reflejan las tempestades del espíritu, soberbia música de su lira, los grandes problemas científicos, políticos y sociales contemporáneos.

La prensa latina de actualidad, y particularmente la americana de Centro y Sur, solo da á luz una literatura anémica y enfermiza, muerta yá hasta en los países en que tuvo origen.

Doquier sólo se distinguen rebaños literarios, apacentados, unas veces, por algún pastor pedante y necio que abrevó en las fuentes parnasianas simbolistas ó decadentes de la

literatura francesa, y alimentadas otras, las más, por el pezón plácido, cuasi exhausto, dela poesía castellana.

Es urgente reaccionar contra esa literatura de frases huecas, que no nutre, que no redime, que no enseña; es necesario detener esta esterilización lastimosa del ingenio americano, y para conseguirlo, es ineludible abrir otros horizontes al talento, hacer políglota el espíritu, y estudiar y penetrar literaturas extranjeras.

Déjese ya la juventud americana de gozar con los triviales chistes de Vital Aza y Manuel del Palacio, de embeberse en Zorrilla, el fecundo maestro de la rima, y de seguir los frágiles moldes franceses en que vaciaron sus ideales los de Lisle y los Verlaine, los Baudelaire, los Mallarmé y los Moreas.

Trasfundemos á Sully Prudhome, leamos al húngaro Patoffi, conozcamos al escandinavo Bovesen, estudiemos á los rusos Tourgeneff y Dostoyesky, aprendamos de Lang y Zangwill, los diestros y laureados críticos inglese, examinemos al italiano D'Anuncio, imitemos á Heine poeta, á Ludowig y Hauptmann, dramaturgos alemanes, melancólicos y profundos.

La época es de lucha: pues luchemos. Hagamos la poesía científica, la literatura psicológica, redentora de las almas y de los pueblos, la que regenere las pasiones, la que sea un heraldo del derecho.

Rendir culto fervoroso á la musa divulgatriz de la verdad y cantar á las multitudes el mágico himno de la esperanza, forjar pensamientos salvadores é ideales supremos, para lanzarlos como una flámula de fuego sobre los pueblos abrumados por el peso de la vida, hebetados por el fanatismo, embrutecidos y abyectos por el despotismo ¡qué deber más augusto! ¡qué misión más hermosa!

*
* *
*

“Martha ó los tres lirios” es un poema en que se canta á la mujer amada. Himno juvenil de amor desesperado y de romanticismo estéril. Es verdad, ¿pero eso quita su belleza?

Oh, no!

En este pequeño libro, vibra el alma de un poeta. EL VERSO, PURO COMO LAS ONDAS DE UN ARROYO IGNOTO, surge de su lira adolescente, derramando con donaire el eco de sus notas cristalinas.

Canta el amor estrofas de oro:

*Recuerdos vivos del amor primero
Que andais vagando por la mente mía.
Cual aves que aletean en bandada
Por los tiempos vergeles en que anidan.*
.....

*Recuerdo del placer y de ventura.
Mariposas de luz de mi cerebro.*
.....

*Desciende un ruiseñor. Pliega sus alas
Y dá al viento su cántico sonoro,
Imitando sus rápidas escalas
Ruido de perlas en un pico de oro.*

*¿Es mensajero del país del sueño?
¿Viene anunciando una ilusión que llega?*
.....

*Recuerdos tristes de un Edén perdido
Que asaltáis sin cesar mi mente inquieta.
Aves siniestras que en nocturna ronda
Mi alma rozáis con vuestras alas negras.*

*De la vida gusanos roedores.
De la muerte luctuosos mensajeros.”*

Para en seguida alzar su perfil severo la filosofía rimada, profundamente melancólica de Campoamor, reflejándose con rara perfección en estos versos de Joaquín Castellanos:

*“Los novios sueñan que al Edén caminan
Sin pensar en su férvido alboroso
Que marchan ciegos de pasión y gozo,
Y los ciegos no saben donde ván!*

*No saben que el amor como la muerte
Nos lleva en dirección desconocida.”*
.....

Y luego, el poeta requiere las galas primorosas del estilo, y en prosa sonora de Virgilio, perfila imágenes de luz y de color, cuando escribe:

“Al contacto de chispeante rayo que al mirarla ví brotar de sus pupilas y sentí penetrar en las mías, encendióse por primera vez en mi alma, la chispa del amor y la esperanza, CHISPA NACIDA ENTONCES DE UN HAZ DE LUZ PALPITANDO EN DOS ESTRELLAS...”

O cuando dice:

“Depositamos así nuestra ilusión, en un haz de estrellas, COMO SE CUELGA UN NIDO EN LAS RAMAS DEL ÁRBOL DEL SUEÑO”.

O, cuando en frases llenas de vida vigorosa, esboza cuadros como estos:

“El amar, ese gigante que soberbio y mudo parece cumplir las inexorables leyes del destino, arrancaba á Martha de mis brazos”.....

“Y el mar, cuyas olas se estrellaban con rumor estrepitoso y lúgubre, contra las desiertas playas; parecía ofrecerme EN EL ABISMO DE SUS AGUAS TURBULENTAS, LA PAZ ETERNA PARA MI ESPÍRITU AGITADO”.

¿Para qué hacer más citas? Páginas primorosas y llenas de luz, forman este menudo libro encantador, sembrando flores de alabastro en gallarda copa de cristal.

Mirajes de poeta, anhelos de artista, leves copos de espuma, blancos y efimeros, forman la esencia de este poema, que tiene una como tristeza de lejanías melancólicas, como rumor de cierzos helados en rosales florecidos, como aroma de flores marchitas al calor del pecho de la mujer amada.

Bien venido será para almas adolescentes y soñadoras, que le recibirán con deleite. OJOS BELLOS SE POSARÁN EN EL.

Y, esa es su misión. Ese es su triunfo!

*
* *

A Eduardo Diez de Medina, hay que juzgarle, más que por lo que hoy és, por lo que habrá de ser en el porvenir.

Tiene apenas 21 años, y con un rostro vivaz, posee una cabecita enloquecida por ensueños luminosos.

Este poema, es el primero que publica. No embargante, ha escrito mucho y bien. Es poeta y escritor, periodista y literato, de ya extensa nombradía.

Nacido en ambiente hostil á labores literarios, la fama ha venido desde centros extranjeros y lejanos, á saludarle en el eco de mil aplausos. Una precocidad fecunda, digna del estímulo más sincero, es la característica de su talento. Cada mañana luce una nueva flor, en el jardín feraz de su ingenio.

Ha dado á luz varios opúsculos políticos, literarios y didácticos, de importancia. Su monólogo “Delirios de un loco”, alcanzó estrepitoso éxito en los teatros de La Paz, Santiago y México.

Se eleva á muchos codos sobre esa plebe de mirmidones literarios, que tanto daño hacen á las letras bolivianas. Domina con facilidad las vallas de la rima, y bajo la sonoridad vibradora de sus versos, palpitan pensamientos de alto vuelo.

*
* *
*

*El autor de **Martha ó los tres lirios**, es entre los poetas y literatos nacionales de actualidad, el que de mayor publicidad goza en el exterior.*

Está en relación con todos, ó casi todos los intelectuales americanos que bregan en el escabroso y encantado camino de Damasco. Supongo por ello, que el jóven literato ha tenido ocasión de ver cómo se atropella en las columnas de la prensa americana, esa turba de cantores enfermos, de hacedores de frases huecas y de poetas neuróticos, sin otro resultado que producir una algarabía estéril.

¡Y como escasean las obras trascendentales!

El poeta épico se muestra en pañales, el drama histórico n gérmen, la novela psicológica no ha nacido, y en tanto, el criterio se extravía y se extraga el gusto literario, mientras jóvenes de aptitud sobresalientes se pierden en divagaciones de sentimentalismo pueril, dejado ya por el capricho tornadizo de la moda.

Eduardo Diez de Medina, que es una esperanza para la patria literaria, de evitar el contagio de esa epidemia.

Estudie los temperamentos, analice las morbosidades pasionales de su país y de su tiempo, encare el atavismo, penetre en el medio ambiente en que vive y produzca obras en que se agiten las pasiones de la época, sus grandezas, sus virtudes y sus vicios. Deje el canto romántico del ÁNGEL, por el poema experimental y científico del HOMBRE.

A la poesía soñadora, ha remplazado hoy, la poesía pensadora. El poeta es ahora la encarnación de la conciencia popular, y alientan en su pecho todas las implacables cóleras del pueblo, toda su gran fuerza, su generosidad y su amor infinito por los ideales supremos salvadores.

Invadir las almas, sacudirlas y despertarlas á la lucha, retemplar los caracteres abatidos por el vicio, envilecidos por la abyección, degradados por el poder político ó por el fanatismo clerical, flagelar déspotas y malvados, cantar á la razón: he ahí el poeta!...

José Antezana

Oruro, Mayo de 1902



Raúl era el mozo más alegre y espiritual de todos los bohemios de mi tiempo. En la muchachada vivaz y turbulenta que constituyó la **troupe bohémé** de toda una época, en ese pequeño pero entusiasta círculo, formado por rapaces de veinte años, cuando el alma está llena de nobles y delicados sentimientos, y las cabecitas preñadas de electricidad de ensueños é ilusiones, Raúl era considerado como jefe de nuestra diabólica... temible falange!

El simpático calavera había merecido tan honrosa distinción de sus compañeros, por ser innegable la superioridad moral y el influjo magnético que sobre nosotros ejercía. Si se preparaba un lance difícil y atrevido, si se requería talento y audacia para salir de él con aire, ahí estaba Raúl: todas las miradas fijábanse en nuestro simpático y valiente jefe.

Pero el tiempo pasa y las cosas cambian: día llegó que, en súbita evolución, vino á ser tan fatal para nosotros, como para nuestro mimado jefe. ¡Dijose que Raúl estaba locamente enamorado! El, cuyo espíritu vivas é inestable, parecía incapaz de otra locura que la del escpticismo y la volubilidad!

La inesperada noticia nos colmó de sorpresa, pues aun cuando conocíamos el carácter emprendedor y novelesco de nuestro amigo, nunca habríamos podido imaginar que se lanzara en aventura que tan serias como peligrosas consecuencias le trajeran. Unos, pusieron en duda la extraña, pero no faltó quien jurara, apelando á los respetos de San Marcos, que efectivamente si Raúl vivía hoy, había muerto para nosotros, era por los celestiales ojos de una linda y hechicera rubia.

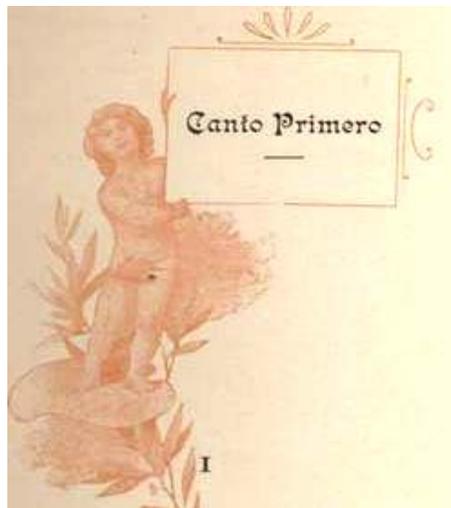
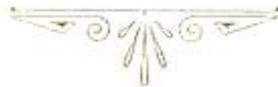
El tiempo se encargó muy luego de disipar todas nuestras dudas y vacilaciones, y un día, cuando obligados por la ausencia y el aislamiento de nuestro amigo, nos vimos en la dura necesidad de elegir un nuevo jefe que lo reemplazase, recibimos la horrible noticia de que Raúl, nuestro querido Raúl, había puesto fin á sus días tomando una fuerte dosis de veneno.

Entre los papeles que se hallaron sobre su mesa, escritos de su mano, hallóse uno que acompañaba á un paquete cerrado con lacre. Decía así:

“A mis queridos y leales compañeros en mis breves horas de placer y felicidad, les dejo esas cuartillas de papel y esas líneas borradas con lágrimas. Las escribí en mis crueles horas de dolor y angustia. Ellas les enseñarán, que nunca es el Placer tan intenso como el Dolor...!

Raúl”

El último y desgarrador grito de angustia, del querido amigo é inolvidable compañero, ahogó nuestro juvenil entusiasmo al contemplar por ver primera el terrible cuadro de una triste realidad; disolvióse la TROUPE, y habiendo quedado yó encargado de conservar el precioso recuerdo del desgraciado bohemio, doy á la publicidad su postrer manuscrito. Hélo aquí:



Recuerdos vivos del amor primero
que andáis vagando por la mente mía,
cual aves que aletean en bandada
por los tiernas vergeles en que anidan.

Quimeras de una vida que alegrasteis,
ensueños que las penas anublaron,
venid! yo quiero que mi pluma aliente
la llama de un amor aun no apagado.

Recuerdo de pesar y de tristeza,
licor que bebo entre delirios crueles;
venid! yo quiero de la copa amarga,

los restos apurar hasta las heces!

Recuerdos de placer y de ventura,
mariposas de luz, de mi cerebro;
venid! yó quiero que endulcéis las lágrimas
que hacen brotar mis tristes pensamientos!

II

Aún siento bullir en mi cerebro
el recuerdo de aquella
tarde en que la ví por vez
primera existencia habíase deslizado
por suave pendiente,
sin temores ni contrariedades,
y el Porvenir con su risueña
perspectiva, ofrecíame la copa
dorada de la vida, rebosando
placeres y ventura. Más,
pronto vino el Desengaño en
su horrible desnudez, trayendo
consigo todo un cortejo de
abrumadora fatalidad.

En aquella mujer, encantadora
visión de mis mágicos
á cifrar la suprema felicidad,
sin pensar en que muy luego
había de quedar asida á ella;
como el náufrago que en medio
de la tormentosa borrasca,
cree hallar la tabla salvadora
que ha de conducirlo al
esperado Puerto.

Víla aparecer entre el follaje
que se abría al contacto de
sus blancas y diminutas manos;
la ví surgir de la enramada,
más gentil y hermosa
que Venus saliendo de las ondas,
y al aproximarse al sitio
en que yo absorto contemplaba
la mágica aparición
de aquella Diosa, el fuego de
sus ojos... deslumbraba, la
esbeltez de su cuerpo...
estremecía!

En la naturaleza, reinaban
la calma y el silencio. Allá en
el horizonte, habíase yá sepultado
el Sol, y dos franjas de
nubes, azul y roja, custodiaban
el viejo alcázar del Rey
Astro. Roja, vibrante la una,
como la llama que inflama
mi espíritu y me enrojecía el
rostro, azul, tranquila la otra,
como símbolo de la pureza de
la virgen, reflejada en el azul
tranquilo de sus ojos!

Al contacto de chispeante
rayo que al mirarla ví brotar
de sus pupilas y sentí penetrar

en las mías, encendióse
por vez primera en mi alma,
la chispa del amor y de la esperanza,
chispa nacida entonces
de un haz de luz palpitando
en dos estrellas, avivada
luego por el magnético poder
del ángel casto de mis sueños,
y al fin... ahogada por la última
lágrima que llegara á
nublar esas pupilas...

¡Y cuán hermosa estuvo
aquella tarde, en la triste y
sublime hora del crepúsculo!
En esa hora en que, con el
alma de rodillas, adoramos
la Naturaleza envuelta en el
denso velo de la Melancolía y
el Misterio.

Hora sublime en que aun las aves dejan
su nido, y cruzan el azul ambiente,
en que las ondas de la mar reflejan
la real puesta del Sol en occidente.

Los pajarillos en variado acento
gorgojean sus canciones vespertinas,
é impelidas las nubes por el viento,
descubren á la luna entre cortinas.

Lucen las flores sus puntadas hojas,
muchas ostentan brillantez de raso
y todas tienen, blancas ó muy rojas,
el suave tinte que les dá el ocaso.

Desciende un ruiseñor. Pliega sus alas
y dá al viento su cántico sonoro,
imitando sus rápidas escalas
ruido de perlas en un pico de oro.

¿Es mensajero del país del sueño?
¿Viene anunciando una ilusión que llega?
¡chist! No turbeís la calma de mi ensueño...
ya aparece la luz, la luz que ciega!...

Ah! lo recuerdo! Cuán gentil y hermosa,
con flexible esbeltez de agreste palma,
robando sus carimines á una rosa,
también llevóse cautivada mi alma!

Cuando ella apareció, miré la luna
que asomaba también tras alta cumbre,
y ví, cómo la luz con luz se aduna,
al chocar de dos astros la alba lumbre.

Y luego que pasó, sentí un murmullo
que los aires poblaba de armonía...
estrella y ave, zéfiro y capullo:
¿de qué cielo brotó tal poesía?

III

En mi desarreglada y turbulenta
vida de bohemio, llena
de las más variadas y raras
impresiones, jamás había
llegado á experimentar pasión
tan vehemente y ardorosa,
como la que sentí germinar
en mi ser; ser la sierpe
hechicera y tentadora, que
comenzaba á envenenar mi juvenil
espíritu.

Huérfano desde mis primeros años, había llegado á las veinte primaveras, como aquellas plantas que se desarrollan al sol y á la intemperie; mi alma parecía hallarse encallecida por las asperezas del camino que siguiera, y sin sentirlo yo mismo, dejábame llevar por la senda florida, aunque tortuosa, que nos conduce rápidamente al Placer, y muy luego hasta el Hastío!

Entonces conocí á Martha. Ni el divino pincel de Miguel Angel, ni Rodín modelando con su mágico cincel el busto más perfecto, podrían diseñar las líneas delicadas y los suaves contornos de su esbelto talle.

Tenía en su rostro de escultura griega la blancura finísima del alabastro, y sus labios, rojos como bordes de granada simulaban dos claveles colocados en un lampo de nacarada nieve.

Al encontrarse nuestras miradas, casualmente, sentí la mágica atracción de sus pupilas, como si la radiante luz que de ellas se desprendiera, hubiese estimulado el fuego que al mirarla encendiérase en las mías.

Y á partir de aquel instante, Martha fue la reina de un idilio de gloria fugáz y eterna desventura.

En ella habíase concentrado mi pensamiento, con todo el loco amor de mis veinte años, y en ella cifré mi porvenir, como el peregrino que en la luz de una estrella, cree hallar el faro que ha de guiar sus pasos vacilantes en la senda oscura de la vida.

Pasaron algunos días, y con ellos avisóse el fuego que en silencio devoraba mi alma.

Yo veía á Martha todas las tardes, en el paseo del Parque, acompañada de dos ó tres de sus amigas, y aún cuando mi turbación, cada vez que mis ojos se encontraban

con los suyos, debió ser denunciada
por la palidez de mi
rostro, me esforzaba en dirigirle
el ceremonioso saludo
que ella pudiera considerar
como de mera y amistosa simpatía.

Pero debía llegar el instante
en que la inmensa ola de
pasión, que día á día se agigantaba
en mi espíritu, estallara
por fin, con el ímpetu de
un torrente represado. Y ese
instante, no se dejó esperar.

IV

La Condesa Rouget, inauguraba
una serie de brillantes
recepciones en su lujoso palacio
de Belfort.

Entre los diversos grupos
de alegres y encantadoras chiquillas,
que como parvadas
de bulliciosas golondrinas cruzaban
por los amplios salones,
destacábase el regio perfil
de Martha. Llevaba la cabellera
suelta en ondulantes
rizos de oro, que descendiendo
graciosamente por la espalda,
realizaban la nítida
blancura de su cuello.

Los suaves acordes de una
orquesta preludiaban el primer
vals, cuando Alfredo, mi
amigo predilecto, indicóme
con perspicaz y maliciosa
sonrisa el sitio donde se encontraba
Martha. Acérqueme
á ella, venciendo la timidez
que me infundía su presencia,
y en frases entrecortadas y
apenas perceptibles por la
emoción que sentía, invítela á
seguir los giros del vals que
comenzaba. Un gracioso signo
de aceptación, dio cima á
mi deseo; y entre las risas y el
murmullo de las parejas que
cruzaban junto á nosotros,
deslizándose en vueltas de vertiginoso
vals, perdíanse las tímidas
frases que mis labios
balbuceaban, ante aquella mujer,
la única que pude amar!

El vaho delicioso de los
perfumes de Wathó esparciase
en la suave atmósfera, en tanto
que yo aspiraba la celestial
fragancia que parecía desprenderse
de los labios de
Martha, mientras ellos murmuraban:

¡si fuese cierto!...

Callaron los acordes de la
música... pero quedan en mi
alma sus notas dulces y armoniosas;
y al compás de esas
frases musicales de Straus,
que aún vibran en mis oídos,
pasan por mi mente como débiles
siluetas de una dicha
ya perdida, los recuerdos de
la noche en que forjara tantos
ensueños y delirios!...

¡Cuántos pensamiento cruzaron
por mi mente en ese
instante de oca y muda adoración,
cuando fija la mirada
en sus pupilas — negros abismos —
parecíame descubrir en
ellas los misterios de un amor
que debía condensar todo el
porvenir de mi breve existencia;
esos luceros del alma, fueron
la fuente inagotable donde
mi espíritu esperaba beber
el agua de la Felicidad y de
la Vida!

En mis horas de soledad,
asalta con más fuerza mi imaginación
su recuerdo, siempre
vivo, en forma de ensueño
que acaricia el alma. Y luego
se pierde... Y siento frío en
mis venas. El frío de la ausencia
eterna!... Y oprimiendo
el cerebro entre mis manos,
veo sumergirse mi única esperanza,
entre los vapores del
licor... diabólico y enervante...

V

Fue en una tarde serena y
primaveral.
La atmósfera estaba saturada
de los más extraños perfumes
y la inquieta brisa parecía
rumorar á nuestros oídos
el postrer y misterioso
himno de las aves, al separarse
para buscar el reposo de
la noche. Los rayos del sol,
quebrándose en la clara linfa
del arroyuelo que corría á
nuestros piés, incendiaban las
menudas arenillas, que esparcidas
en el suelo, brillaban en
cambiantes de oro y grana.
En la naturaleza, todo resplandecía,
todo era luz y perfume.

Parecía consagrarse la apoteosis
del Amor.

Fue entonces que por vez
primera, escuché de sus labios
aquella sílaba que condensando
todo un poema de Felicidad,
lleva á nuestra alma los
dorados rayos de la esperanza.
¡Si! — Y esa sílaba, pronunciada
en tímido secreto,
parecía ocultarse de rubor,
en el capullo de una rosa que
se abría con el aura melancólica
de la tarde.

En ese instante de sublime
éxtasis, en que absortos los
sentidos queda el alma pendiente
de dos pupilas, pedazos
de ciclo donde concentramos
la grata esencia de la Vida,
tenía yo las manos de
Martha entre las mías, y el
silencio imponente y magestuoso
que la misma. Naturaleza
parecía respetar, solo era
interrumpido por los labios
que á intervalos murmuraban:
te adoro!

Qué bellas fueron para mí
esas breves horas, que deslizándose
en fugaz carrera,
arrastraban consigo mil visiones
y fantásticas quimeras!

Fue entonces que forjamos
en nuestra mente alucinada,
un cielo límpido y sereno que
cobijara el amor de nuestras
almas; un ángel de pureza
conduciría el barco que
nos llevara rápidamente al
país de la ideal Felicidad, y
allí siempre unidos, léjos del
clamor de las quejas y del bullicios
de las risas y del llanto,
viviríamos la vida tranquila
y celestial de Beatriz y
el Dante, cuando sellaron sus
promesas de amor en el Paraíso.

Depositamos así nuestra
ilusión en un haz de estrellas,
como se cuelga un nido en las
ramas del árbol del Ensueño.

VI

¿Aún dura esa ilusión? Vana
quimera! La aventó el récio
huracán de la desgracia:
y cual leve copo de espuma,
fue deshecho por la irresistible
ola del desengaño.

Las ramas del ensueño se
quebraron y el nido colgado
de ellas, cayó para ser arrastrado
por el vendabal de otoño.

Y aquella dicha que yo ví
súbitamente esfumarse á lo
léjos, perdiendo los vivos tintes
que le daba la esperanza,
no tardó en desaparecer envuelta
en los fúnebres crespones
de una noche triste y desolada.

Diez sonoras campanadas
que vibraron en el reloj de la
plaza Saint Michel, me hicieron
apresurar los pasos, hasta
llegar á la casa donde Martha
vivía co su madre.

Un ligero golpe, dado en la
puerta de la sala de recibo,
anuncióles mi presencia; pues
debía acompañarlas aquella
noche á la iglesia de Notre
Dame, para asistir con ellas,
á la tradicional misa de Navidad.

Martha estaba sola. Reclinada
en el sillón contiguo
á una mesa de mármol, apoyaba
el codo en ésta, y su mirada
que inmóvil parecía hundirse
en el alfombrado de oscuros
colores, denunciaba su
aspecto contrariado y pensativo.
Al verme asomar por
el umbral de la puerta, irguióse
súbitamente, y la sonrisa
forzada que al saludarme apareció
en sus labios, no pudo
ocultar el fondo de tristeza
que revelaba su semblante.

Pronto pude conocer la causa
que motivaba tan repentino
cambio en su aspecto, hasta
entonces franco y alegre. Martha,
en frases balbucientes y
entrecortadas por los sollozos,
me anunciaba la súbita
enfermedad de su madre y el
próximo viaje á que ambas
se veían obligadas por esa
causa.

Huérfana de padre, habíase
consagrado á servir de apoyo
y consuelo á su anciana
madre, asegurándole con gran
dificultad suya, los medio de
subsistencia. Con todo, Martha
que pertenecía á una de
las más nobles y distinguidas
familias de Nyón, se veía en la
necesidad de satisfacer exigencias
sociales que al mismo
tiempo demandaban fuertes
sacrificios.

Un tío suyo, Enrique Viel,
que residía en la capital rusa,
acababa de obtener un brillante
éxito en sus negocios
comerciales, Martha y su
madre, fueron llamadas insistentemente
á fijar su residencia
en el palacio del opulento
tío.

Martha opúsose con firmeza,
en una principio, á los deseos
de don Enrique, pero un
repentino accidente de parálisis
que ponía en serio peligro
la vida de su madre, decidióla
á dar inmediato comienzo
á los preparativos de
viaje.

Al anunciarme tan dolorosa
resolución, agregó ella: debemos
separarnos tal vez para
siempre!

El eco de una montaña que
se derrumba, no habría repercutido
más lúgubre y fatalmente
en mi alma, que esas
cortas frases, augurio de insondable
desventura.

Con el corazon oprimido
por horrible angustia, salí de
casa de Martha. Durante el
trayecto que recorrí hasta llegar
á mi habitación, pensaba
en los raros caprichos de la
vida: mientras los unos ríen,
los otros lloran!

Las campañas de las torres
repicaban con precipitado
compás, y las risas y el
bullicio de las gentes que celebran
la fiesta de Noche
Buena, llenaban los aires de
mundano regocijo.

Noche de navidad! Para
cuántas almas renacían en
ese instante la esperanza y el
amor! En cuántos pechos vibraba
la nota del placer!

Y en ese mismo instante,
sentía yo oscurecerse el lampo
de luz que brillara en mis
ensueños, y al apagarse mis
ilusiones, veía á lo lejos perderse
la esperanza en forma
de una alondra que se aleja.
Noche de muerte!

La música rara y triste de

los organillos, poblaba el espacio
con sus notas melodiosas,
y en el fondo de mi alma
sollozaba la trémula nota de
la desolación y la tristeza.

Noche de navidad! Noche
de Muerte!

Por mi lado pasó una larga
comitiva. El blanco velo
y los azahares de la desposada,
me anunciaron que era
también noche de boda. Un
amargo sollozo anudóse de
pronto en mi garganta, pero
pude dominarlo, y el recuerdo
del poeta, que en estrofas
sentidas y de horrible escepticismo,
cantara á la pareja
que ebria vá de dichas é ilusiones,
asaltó mi cerebro enloquecido:

Los novios sueñan que al Edén caminan,
Sin pensar en su férvido alborozo.
Que marchan ciegos de pasión y gozo;
Y los ciegos no saben donde van!
No sabe que el amor como la muerte,
Nos lleva en dirección desconocida:
Toma al azar las almas en la vida,
Les hace un cielo próximo entrever,
Y las arrastra al vértigo y la noche,
Yo hallé un calvario al fin de ese camino:
Implacable al herir es el Destino,
Cuando tiene por arma á la mujer!

Repitiendo esas sublimes
estrofas, en vano esfuerzo de
mitigar el acerbo dolor que
me abrumaba, llegué á mi oscura
buhardilla, y con la desesperación
que embargaba mis
sentidos, hundí la cabeza entre
las almohadas de mi lecho.

Noche de navidad! Noche
de Muerte!

Un rayo de luna penetró
por la ventana, y el retrato
de Martha, colocado en la
mesa de escritorio, se iluminó
con esa luz suave y melancólica,
que como una caricia
parece enviarnos la reyna compasiva
de la noche.

Mi pensamiento, turbado
por las risas y el bullicio que
llegaban hasta mi estancia,
vagaba entre las sombras, y
á los lejos veía esfumarse la
silueta de Martha, como en
el fondo de un cuadro ennegrecido,
se pierde lentamente
un lirio **Azul!**

VII

Rizaba el aura las flores;
lucía en su manto el cielo
amplio dosel de diamantes,
y resurgiendo á lo lejos
la Emperatriz de la noche,
llevaba tras sí un cortejo
de topacio y rubíes.
A la sombra de ese cielo
velado por tenues nubes,
le decía yo en secreto
frases de amor infinito,
mis promesas y mis ruegos.
Allí, los dos enlazados,
los dos amantes y tiernos,
ante un testigo, la luna,
prestábamos juramento
colgando un nido de amores
en el árbol del Ensueño;
y al contemplarla en mis labios
brotó tembloroso un beso,
que á sus labios alcanzó
con las caricias del cierzo.
Rayo de luz que venía
dibujándose á lo lejos,
y atrevido el mensajero
dejó en los labios de Martha
también como ofrenda un beso!
Mas, de pronto me asaltaron
raros temores y celos...

Alcé la vista. Brillaba
la luna en mitad del cielo...
Y así los dos enlazados,
los dos amantes y tiernos,
teniendo fijos mis ojos
en dos divinos luceros,
corrieron presto las horas,
así se deslizó el tiempo.
"Tuya seré!, me dijo ella...
y entre lágrimas y besos
sellábamos nuestro amor,
nuestro augusto juramento.
— ¿Me olvidarás? —Ni en la tumba!
—Tu cariño... — Será eterno!

.....
De pronto, en aquel instante
de magestuoso silencio,
una ronca carcajada
arrastrada por el viento,
vino á turbar nuestro idilio,
haciendo estallar mis celos...
Parecióme que al oírla
Martha temblaba, y el eco
de esa voz, como un augurio
repercutió en mi cerebro.
La frase quedó en mis labios
congelada como el hielo;
quise avanzar... y no pude!
Quise hablar... tuve miedo!
Esa carcajada vino
como augurio de un secreto,
á matar mis ilusiones
á destruir mis ensueños!

.....
—“Adiós!” “Te adoro!”, me dijo
huyendo Martha aturdida,
y tomando yo sus manos
las estreche entre las mías,
con la emoción de quien teme
ver su esperanza perdida,
“Adiós” dijeron mis labios,
y el rubor de sus mejillas
pareció alumbrar en mi alma
la ilusión que se extinguía.
“Adiós” repitió el triste eco,
y la luna enrojecida
temerosa se ocultaba
tras las nubes fujitivas:
“Adiós” y luego el recuerdo...
la carcajada maldita...
y un beso vibró en los aires
como eterna despedida!

VIII

Al día siguiente, cuando
los primero rayos del sol reflejaban
su luz purísima en
las ondas tranquilas de la mar,
el vapor “Burdeos” zarpaba
con rumbo al Oriente, y al
alejarse del puerto con magestuosa
calma, dejando la estela
fugáz de su paso diseñada
entre las aguas, se alejaba
también la luz de mi esperanza,
el iris de mis sueños, la
aurora, de mi vida! El mar
ese monstruo gigante que soberbio
y mudo parece cumplir
las inexorables levas del
destino, arrancaba á Martha
de mis brazos.

Un pañuelo apareció agitándose
á la distancia, y mis
ojos que fijos en él lo veían
desaparecer á través del dilatado
espacio, quedáronse clavados
en el vacío inmenso,
en tanto que mi mente forjaba
la visión de una alondra
que se aleja, agitando sus
alas del blanquísimo plumaje,
como signo de amante y eterna
despedida!

Desde aquel día corren para
mí las horas, conjunto de
pesar, de luto y de locura,
como en tropel las nubes preñadas
de tormenta. Siento
un volcán arder en mis entrañas,
y el recuerdo que sin cesar
golpea mi cerebro, es como
el rayo que destroza una
colina solitaria.

Pasaron ya los instantes
de ilusión y delirio. Queda
hoy tan solo la realidad horrible
y tétrica.

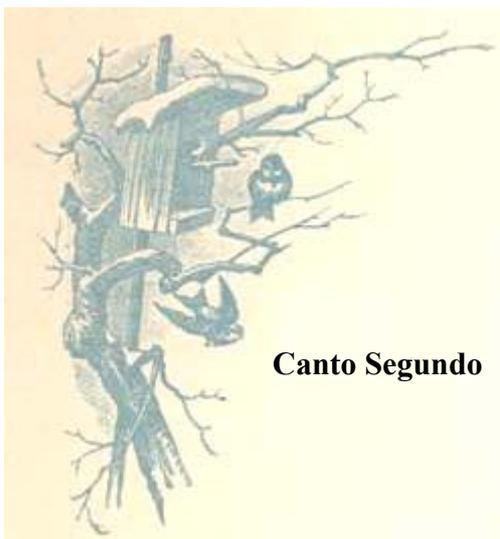
Si bella es la ilusión que nos halaga
con reflejos vivísimos de aurora,
y cual fuerte licor la dicha embriaga
tomando la existencia seductora.

Muy luego el desengaño nos sorprende
en mitad de nuestra ávida carrera;
y es que pasado el sueño al fin desciende
rodando en el abismo la quimera.

De esos sueños de loco desvarío,
de esas horas de plácido embeleso,
solo queda el recuerdo vago y frío
que trae la memoria de algún beso!

La ráfaga pasó de mi locura
cruzando como un vértigo que ciega...
¡nunca el instante de la dicha dura,
lo que el dolor que á reemplazaría llega!





Canto Segundo

I

Recuerdos tristes de un Edén perdido
que asalatais sin cesar mi mente inquieta,
aves siniestras que en nocturna ronda
mi alma rozais con vuestras alas negras.

De la Vida, gusanos roedores,
de la Muerte, luctuosos mensajeros,
huid! no quiero que turbeis mi calma,
ni avives la ilusión de mis ensueños.

Cruels recuerdos que azotais los muros
de oscuro cárcel que os brindara abrigo,
vuestro aleteo pavoroso espanta
como el fantasma insomne del Martirio.

Huid de mí! No renovais en vano
cenizas esparcidas y sin fuego,
¿cómo queréis vivir si ya no hay vida
ni hay un rayo de luz en mi cerebro!

II

Desde aquel aciago día de
nuestra separación trascurrieron
largos meses, y con ellos,
léjos de atenuarse el dolor que
su partida me causara, aumentábase
en mis eternas
noches de insomnio y de tristeza.

Ignoraba el resultado del
viaje de Martha, y aun cuando
ella me ofreciera enviar incesantes
y detalladas noticias,
tan luego arribase á Moscou,
no recibí una sóla en los cinco
meses transcurridos.

Lleno de impaciencia el escribí
innumerables cartas; en
ellas le revelaba la angustia
de mi espíritu, atormentado
por su inexplicable silencio; le
pedía siquiera cuatro líneas
trazadas por sus adoradas
manos, cuatro líneas que me
trajesen el recuerdo de aquella
bendita promesa de amor.
Y al doblar el papel en que
condensaba mis angustias y

deseo, un trémulo rayo de
luna penetrado por los vidrios,
parecía besar esa líneas;
como si ella, testigo de
nuestro eterno juramento, quisiera
también sellarlas con
una suave lágrima de plata.

Pero Martha no contestaba.

Una tarde en que presa de
la incesante ansiedad que motivaba
su silencio, vagaba yo
absorto, por la orilla de la
mar que en otro día la arrancara
de mis brazos, tropecé
súbitamente con mi leal compañero
Alfredo. Habíame él
prometido escribir á un amigo
suyo en Moscou, pidiéndole
noticias de Martha; y al
verlo, conocí en la perplegidad
de su semblante contrariado,
que la suerte le destinaba
para traer á mi alma el
mensaje fatal de luto y desolación
eternos.

Al verme exclamó: “sé que
Martha no esta bien. La enfermedad
de su madre empeora
y los médicos prescriben
una curación seria é inmediata.
El tío ha muerto súbitamente,
víctima de una congestión
cerebral, y un hijo suyo,
gastador y calavera, ha heredado
su cuantiosa fortuna.
Madre é hija viven solas, protegidas
por un rico banquero
de Marsella, y alguien llega á
afirmar que éste pretende y
obtendrá la mano de Martha.”

Una ola de sangre me encendió
el rostro y trémulo de
indignación pregunté precipitadamente
á Alfredo... — ¿Y ella
lo acepta? — No lo sé, balbuceó,
pero la penosa situación
en que se encuentra, pudiera
acaso obligarla á tomar una
resolución inesperada: quién
sabe!

Estas frases, pronunciadas
con vacilación por Alfredo,
me hicieron dudar de su exactitud;
tal vez Martha, no hallando
medio que procurasen
la curación de su madre,
había resuelto sacrificar su
amor y el mío, en aras del
amor á aquella; tal vez se había
visto obligada pero...

—Jamás, respondí á Alfredo,
como desechando un horrible
pensamiento: Martha
será mía! Si es necesario vencer
la distancia que de ella
me separa, yo la salvaré...

IV

Y aquella misma noche, víspera
de mi partida, llegó por
fin á mis manos una carta
de Martha.

En ella me revelaba el calvario
á que ascendía abrumada
por la cruz de su desgracia;

me contaba la angustia
y el dolor de su destierro,
allí, donde solo la santa imagen
de su madre enferma y
moribunda, podía dar algún
consuelo á su espíritu abatido
y desolado; me descubría
la horrible situación en que
se hallaba; me dejaba ver en
fin, cómo las rosas de su lozana
primavera, caían marchitadas
por el rigor del crudo
invierno, cual las verdes
hojas que se desprenden de
los árboles arrebatadas por
un recio vendabal.

Pero Martha concluía su
carta fríamente. No había en
ella aquellas frases dulces y
apasionadas, que en otro tiempo
halagaran mis oídos como
notas dulces y armoniosas;
no había en ella la promesa
de una alma abierta á la ilusión
y á la esperanza del porvenir,
era tan solo brotes de
desaliento del corazón que solloza
sus quejas en medio de
una penumbra vaga y misteriosa;
la tenue luz dela estrella
que vierte su triste palidez,
mientras muere en occidente
el rayo del último crepúsculo.

Y luego, como *postdata*,
se leían estas raras frases:
"Olvidame! Ya que la Felicidad
nos niega tenáz su manto
de ventura, pueda la distancia
más que el amor de
nuestras almas. Aún eres jóven;
busca otro ser que pueda
borrar para siempre el recuerdo
de tu desgraciada— Martha."

Ese final parecía revelarme
una horrible confesión. Sentí
que un mar de celos nublaba
mi vista y por la primera vez
brotó en mis labios una frase
de despecho y de amarga
decepción. Maldiciendo mi destino
tomé maquinalmente el
retrato que viniera acompañando
á esas líneas, y mis
ojos quedáronse fijos en él,
como si quisieran adivinar en
el rostro inmóvil, el secreto
de alguna infamia.

Parecióme notar que la
huella del dolor velaba sus
pupilas, como una densa niebla
quita el brillo á las estrellas;
creí distinguir profundos
pliegues de tristeza, diseñados
entre sus perfiladas cejas
y ... vaciló mi espíritu; pero
al recordar las últimas palabras
de su carta, reaccionaron
tumultuosamente mis celos,
y al ver que su semblante
permanecía inmóvil y sus labios
no se abrían para disipar
el horrible pensamiento

Se casa!

Para la bohemia
"EL CHAMBERGO"
de Valparaíso"

Si conversación entabla
un joven, y advierten que habla
con una moza bonita,
aunque lo haga por galante,
ó porque ella es su... primita
dicen: "se casa," al instante.

Si á su casa la acompaña...
tal hecho ya á nadie engaña,
pues si él es joven soltero,
mucho mas si es elegante,
desde el patrón al portero
dicen: "se casa," al instante.

Y si le obsequia una flor
que no es emblema de amor,
sino de pura amistad,
aunque él sea un gran tunante
con toda seguridad
dicen: "se casa," al instante,

Si á Lola le dice Paco
Que en el ojal de su saco
ponga de uvas un racimo,
(porque es un extravagante,)
sin fijarse en que es... su primo
dicen: "se casa," al instante.

Si un Pepe llega á mirar,
(y en esto no hay qué admirar,)
ojos que son atrayentes,
pues antes que el gallo cante
ya las lenguas maldicientes
dicen: "se casa," al instante.

Y yo que á mucha.:has sigo
porque de ellas soy amigo,
estoy temblando de susto,
pues si hay alguna vacante,
todos dirán muy á gusto
que yo me caso, al instante!

Cielo y Tierra

TU y YO

CAE una gota del azul velado,
mensajera del cielo ante la tierra;
cae una perla de otro azul-tus ojos. —
me llega al corazón y pienso: ¡Cómo
se confunde la Tierra con el Cielol

Enlutada

CUANDO la aurora pálida alumbre,
en las mañanas de oscura niebla,

piensa en que todas mis esperanzas
están nubladas, están ya muertas!

Cuando las flores abran su broche,
con las caricias de la mañana,
piensa que el ave de las tristezas
abrió sus alas sobre mi estancia.

Cuando se oculte tras la alta cumbre
y entre celajes, un sol sombrío,
piensa que muere también mi espíritu
que el cierzo helado dejó aterido.

Cuando la noche tienda su manto,
y pase luego graznando un búho,
piensa que es la hora del sufrimiento,
piensa que esa ave trae un augurio....

Y cuando escuches lento quejido
de alguna triste, bronca campana,
piensa en que huyeron mis ilusiones,
y por tí mi alma quedó enlutada,

Beso muerto

(De Ada Negri-Tempeste-)

EN triste primavera, entre el follaje
precóz una violeta floreció;
pero batióla el vendabal tan recio
que antes de vivir... ella murió.

Cuando una tarde te miré, temblando
un beso entre mis labios floreció;
pero volviste el rostro indiferente...
y antes de vivir... él se extinguió!

Cineraria

Sobre la tumba de Sta.
Bertha Belke y Jimenez,
† el 28 de Septbre. de 1900

I

FLORES que trasplantadas á la tierra
caísteis al rigor del crudo invierno,
como cae el capullo marchitado
faltándole el calor, divino aliento;
hermosas golondrinas que volasteis
abandonando el nido por el cielo,
como voló esa cándida avecilla
dejando el enlutado hogar, desierto;
¡Venid capullos, tiernas golondrinas.
y orlad su frente, helada por el cierzo!

II

Aun no llegó la alegre primavera
á esparcir sus caricias en los pétalos,
cuando inclinó su tallo el blanco lirio,
herido en el jardín por cruel invierno.
Ya no está allí. La bulliciosa alondra
no canta yá. En el hogar risueño
donde vibraban en tropel sus notas
modulando suavísimos arpegios,
solo hay desolación... solo tristeza...
y la imponente calma del silencio!

Por qué se fué? Decidlo golondrinas
que dejasteis el nido por el cielo,
flores que trasplantadas á la tierra
caísteis al rigor del crudo invierno,
fuísteis heridos por helado cierzo.

III

Bertha voló!... cual ave fugitiva
que teme detenerse en el sendero,
y al alejarse de él, brotó una lágrima,
símbolo de Dolor, en cada pecho!
Más al llegar su espíritu á la Gloria,
el ángel del Señor salió á su encuentro,
y un coro de querubes la condujo
al sitio, que al venir, dejó en el Cielo!

Deseo para tí

CON efluvios de amor, sonriente aurora.
Un constante chispear de la fortuna;
y el beso tembloroso de la luna...
recuerdo de mi lira soñadora.

Su Mirada

MIRAN un cielo de cristal, estrellas
brillantan su espacio enrojecido;
e parad las pupilas de mi amada
encontrareis el cielo obscurecido
ante el claro fulgor de su mirada.

***En un día
de aguacero***

EN mi tierra bien quisieran
los *tunos*, que años enteros,
sin tregua alguna cayeran
incesantes aguaceros.

—

Ver lucir dos piecitos
calzando lindas chinelas,
y que cruzan muy queditos
resbalozas callejuelas,
como que son de chiquillas...
jay San Bruno! qué cosquillas!

—

Por huír del aguacero
Pepa levanta el vestido,
y tras ella, cual carnero
que escucha cerca un balido,
se escurre Pancho Costillas...
jay San Bruno! qué cosquillas!

—

Pancho, pícaro estudiante,
desde una esquina la asedia;
va descubriendo el tunante
roja y finísima... media
y en seguida unas liguillas...
jay San Bruno! qué cosquillas!

Mas, si ella apresura el paso,
decidme: ¿Paco se turba?
qué ha de turbarse! acaso
no vio en delicada curva
dos divinas pantorrillas?
¡ay San Bruno! qué cosquillas!

La Pepa tose y prosigue;
y el galán que atolondrado
por vericuetos la sigue,
sin temor á un resfriado,
ya se acerca de puntillas...
¡ay San Bruno! qué cosquillas!

Crece la lluvia, graniza,
ya la bella no apresura
ni camina muy de prisa,
que aunque no es Pepa madura
muestran flaquear sus rodillas...
¡ay San Bruno! qué cosquillas!

Y cuando brilló el Lucero
y hubo cesado la lluvia,
Pancho se vió prisionero
en las redes de la rubia
¡Oh endemoniadas chiquillas
¡ay San Bruno! qué cosquillas!

Y repito: bien quisieran
los *tunos*, que años enteros,
sin tregua alguna cayeran
incesantes aguaceros.

Se fué

Para Manuel J. Sumay.

SE fué mi amada. Y al huir la noche
—en las horas risueñas y tranquilas—
yá los jazmines al abrir su broche
no admirarán la luz de sus pupilas.

Ya las flores no ostentan su perfume.
Ni el Verjel, de los pálidos colores
de la camelia y el jazmín presume,
porque perdió á la Reyna de las flores.

No lucirán las aves bellas plumas,
ni alegrando el jardín volveré á verlas!
Ni del bullente arroyo las espumas
á los Cisnes pondrán collar de perlas.

Con mi amada murió también la aurora,
y con ella el verjel perdió sus galas;
cesaron los gorjeos, la canora
endecha matinal y él rumor de alas.

Mi pobre corazón perdió su calma,
huyó de mí la dicha lisongera,
y hoy llevo muerta y destrozada el alma
porque está muerta mi ilusión primera!

Caso triste

Para José Salinas

I

—ESCRIBE en mi álbum una estrofa bella,
á Juan el vate dijo una doncella;
estrofa triste y llena de perfume
que si muere tu amor, con él se esfume.
—y te doy lo que escriba, Dí? ¿no es eso?
—Cabal!
Y luego que escribió, la dio él un beso.

II

Pasaron años y con ellos fué
veleidoso el Amor que al fin parece.
De aquella estrofa en hoja de alabastro
tan solo sin perfume quedó un rastro;
y en el sitio en que Juan con embeleso
depositara audáz su ardiente beso,
el Tiempo que al Amor declara en fuga
dejó en el rostro ajado... una verruga!

Himno de "Los Boers"

(Comparsa carnavalesca)

Música de A. Barragán

*Hurra! vienen ya los boers
guerrilleros del Transvaal,
á bloquear los corazones
en guerrero carnaval.*

Si nuestras más guapas chicas
se quisiesen divertir,
y alguna vieja importuna
las despachase á dormir
ó las pusiese en encierro,
ya tendrán con qué reír
pues si los Boers, la pescan
de polvos la han de cubrir.

*Hurra! que vienen los boers
escapados del Transvaal,
á conquistar corazones
en pacheño carnaval.*

Y si algún rico tacaño
por librarse de gastar,
con la puerta en las narices
á los Boers piensa dar,
¡ah que chasco! si no pueden
por la puerta penetrar,
escalarán las ventanas
en asalto general.

*Hurra! que vienen los boers
sublevados, del Transvaal,
á flechar los corazones
en alegre carnaval.*

Si les cierra el paso una Eva
de inflexible corazón,
por más que ante ella mil futres
rindiéranse á discreción,
Los Boers, como ante Ladysmith
ó en la batalla de Spión,
han de bombardear la plaza,
atacándola á cañón.

*Hurra! que vienen los boers
combatientes del Transvaal,
á bombardear corazones
en temible carnaval*

Y si la bella resiste
ante ese ataque inicial,
ya que es buen uso en la guerra,
mucho más en carnaval,
el tomar á los sitiados
por asalto general,
pues asaltarán la plaza
tomando el *alcazar real!*

*Hurra! vienen .va los boers,
fugitivos, del Transvaal,
á asaltar los corazones
en el nuevo carnaval.*

Y como existen chiquillas
que usan corazón inglés,
frío, insípido, alcachofa
guisada por el revés,
han menester de los Boers
gente nerviosa ¡pardiez!
capaz de fundir el hielo
y de arrancarles el ¡yes!

*Hurra! que vienen los boers
voluntarios del Transvaal,
á inflamar los corazones
en ardiente carnaval.*

Sea fea, espeluznante,
sea una suegra chacal,
sea espárrago, sin salsa,
sea vieja, sea tonta,
siempre que tenga metal...
viejas, feas, flacas, todas
pasan en el carnaval.

*Hurra! vienen ya los boers
rebosando del Transvaal,
á capturar corazones
en alegre carnaval!*

Carnaval de 1900

Evelyn Adams

BRILLÓ en la escena con la luz del Genio,
dió resplandores de fugáz centella,
y el Público pendiente del Proscenio,
vió descender el lienzo... mas la estrella
quedó brillando con la luz del Genio.

El sueño de la vida

A la memoria de Alberto Arias Sánchez,
Gumerclndo Jimenez y Alberto O'Connor d'Arlach.

JUVENTUD! Raudo sueño de la vida,
palabra dulce que el amor evoca;
el hombre en su vejez, nunca te olvida!
el hombre en su niñez, siempre te invoca!
Edad de los amores, prima vera
del niño que tras ella ciego avanza,
y al llegar la vejez, fugaz quimera
perdida en el albor de una esperanza!

Dichosa edad aquella en que no ha sido
amargada por tristes desengaños,
la dulce copa que en Abril florido
nos brinda la ilusión de los veinte años.

Agotamos la copa al saborearla
porque en ella el placer su néctar vierte;
y cuántas veces al querer libarla
sentimos el veneno de la Muerte!

Qué dura esa ilusión? —Lo que un destello
al rasgar el capuz de noche oscura;
y esa es la juventud! instante bello
que en la vida fugaz, apenas dura,

Benditos los cerebros soñadores
que mueren en la edad de los ensueños;
viven en la ilusión y los amores
y pasan al más bello de los sueños!

¡Tántalo!

SÍ TÚ me miras me quemas,
y agonizo... si te veo;
mas sé que si no me miras
si no te veo... me muero.
¿Qué prefiero?

Morir lanzado al fuego, por más que te dé enojos,
morir entre dos brasas; las niñas de tus ojos.

Solo por ellos!...

¡CUÁNTAS veces en triste soliloquio,
á la luz indecisa de una lámpara,
he sentido brotar en mi cerebro
las chispas grises de la duda amarga!

¡Cuántas veces bramando el pensamiento,
en medio del silencio de mi estancia,
sumido en el letargo del hastío
sentí la asfixia que llegaba al alma!

Dudé de los honores y la gloria,
de la noble amistad... y aun (le la Patria!
que cual la prenda de los castos sueños
es mas querida cuanto más ingrata.

Y náufrago, lanzado por la Duda
al piélago insondable de la Nada
sólo para adoraros... ¡padres míos!
sobre esa Mar mi espíritu flotaban.

Decepción

Para Sixto Morales.

Cuando mi mente loca desvaría
creyendo hallar la dicha deseada,
en los placeres que el amor ansía,
ó en una vida alegre Y siempre holgada,
paréceme escuchar voz que dijera,
¡que todos son engaños por doquiera,
quimeras, sombras, ilusiones, nada!

Si creo oír las delirantes frases,
los gritos de la turba que embriagada
siente las horas deslizar fugaces
en medio de su orgía desgraciada,
pienso que pasan!... y en su raudo vuelo
dejan tan solo de su loco anhelo,
quimeras, sombras, ilusiones, nada!

Y si de pronto siento que resuenan
las quejas doloridas, la angustiada
voz de las almas que en la tierra penan
invocando á la muerte despiadada,
pienso en que ésta al llegar dirá sonriente:
fueron solo fantasmas de la mente,
quimeras, sombras, ilusiones, nada!

Así como la dicha se evapora
cual la nube que cruza apresurada,
así también la pena abrumadora
se disipa del alma acongojada...
y tú, pluma que vives de esperanzas,
¿qué esperas? si á escribir tan solo alcanzas
quimeras, sombras. ilusiones, nada!

Ocurrencias

—Vamos Manolo, qué tal?
¿son éstos sus parvulillos
frutos de amor conyugal?
—Cá señor! si son mis hijos!

—Por qué papá si *empolló*
la gallina de Juanito,
una *patita* nació?
—Inocente eres hijito!
pues que no de otra manera
don Ramón, el *carpintero*,
tuvo un hijo, *zapatero*!

Lucy

Para Armando Chirveches A.

Tan linda es Lucy que las estrellas,
las más chispeantes y las más bellas,
la consideran feliz rival,

y cuando mira, cuando sonrío,
la luna envidia y el sol se engríe...
porque es la novia del rey astral.
En su boquita nacen los besos,
cual mensajeros del corazón,
y es tan sincera que cuando besan
sus rojos labios fielmente expresan
los sentimientos de su pasión.

Sus manecitas son dos modelos,
y cual el mármol y cual el nácar
siempre muy blancas, tersas están;
y son sus venas como celajes,
del firmamento ricos filones
que por el cútis surcando ván.

Delira en verso y odia la prosa
¡si es poesía! ¡si es ilusión!
y se incomoda cuando recuerda
que está en el mundo su corazón.
Es envidiada porque solo ella
roba sus rayos al rubio sol;
no está en el Cielo, pero es estrella
que causa celos al arrebol.
Burlar Cupidos. ese es su encanto,
forjar ideales, su único amor;
ama á Romeo como Julieta,
y cual el ave vá siempre inquieta
buscando aromas ¡si es picaflor!
Bebe las dichas, liba las penas
en las adelfas y en el clavel,
y solo vive de los recuerdos
que alegres vagan por su verjel.
Si sufre y llora, recuérdame ella
la nota triste de algún laúd:
si canta y ríe... ¡siempre es tan bella
que alegre ó triste, nítida estrella,
alumbra y guía mi juventud!

Chispas

I

De la diadema celeste
se perdieron dos estrellas;
cierra los ojos, que vienen
á reclamarte por ellas.

II

Si á San Pedro le dijeran:
"se escapó un angel del Cielo,"
desesperado venía
para volverte á tu puesto.

III

Paseaba yo en la Alameda,
en una noche muy negra...
Jesús! qué gusto! dí en tierra
con la vieja de mi suegra.

IV

Quisiera ser de tus ojos
la luz que irradia destellos,
ó por lo menos, siquiera,
la niña que habita en ellos.

V

Me envía tierna mirada...
y su madre gesto fiero!
¡si digo yo muchachita
que esa vieja es un infierno!

VI

No afirmes eso chiquilla...
porque en el pícaro mundo,
la que se ríe de un cojo...
suele casarse con mudo.

VII

Si yo supiera que faltan
dos estrellas allá arriba,
diría que las robaron
para formar tus pupilas.

En góndola...

Para Enrique Gómez Carrillo.

(SUEÑO AZUL)

Gallarda y altiva, cual blanca paloma
que agita sus alas en un lago azul,
surcando en un cielo de púrpura, asoma
la Góndola de oro, radiante de luz.

El Hada risueña que conduce el barco,
girando en sus rumbos pasa junto á mí.
Le ruego me lleve consigo. Me embarco...
y pronto me encuentro en un regio país

Allí entre nereida que aplauden en coro,
cantan muchos vates himnos á Voltaire;
tienen las estrofas de sus liras de oro
tristezas tan dulces que ocultan la hiel.

Son los desdeñados; enfermas y exóticas
plantas que se mueren sin calor ni luz,
poetas de ardientes cabezas neuróticas
que ven en las copas su alegre atahúd.

Oscar Wilde pronuncia su triste "Balada,"
lee sus "Flores del Mal," Baudelaire,
mientras en el fondo hiergue desgreñada
su enorme cabeza de león, Mallarmé.

De pronto el silencio domina en la sala,
tapiza los muebles un oscuro tul,
y por las rendijas de un balcón resbala
quebrándose en haces un chorro de luz.

Y allí entre la sombra se vé la silueta
de un hombre: diabólico que arenga de pié,
¡qué horrible es la risa del viejo poeta,
la risa sarcástica del loco Verlaine!

Preside la mesa de los ogros vates
que ya hartos y enfermos de tanto vivir,
alegran su triste vivienda de orates,
sorbiendo el ajeno bajo un cielo gris.

—"Alcemos las copas, exclama el poeta,
bebiendo sin tregua toquemos la hez;
el siglo es de enfermos, yo sé la receta:
matemos el cuerpo ¡si ha muerto la Fé!

El ala del Genio rozó nuestras frentes
dejando la estela de un rayo de sol,
qué importa que el mundo nos llame dementes
si él mismo está loco y abreva el dolor!

Armados de ensueños, buscamos la gloria,
corriendo anhelantes en pos del Ideal;
el Mal nos detuvo y con montes de escoria
cubrió nuestros ojos el recio huracán.

Que atruene los aires mi Ronda Macabra,
yo canto al ajeno y ensalzo el Amor;
rompamos la frágil vidriera y que se abra
la cárcel del alma, la horrible prisión!"

Mil risas salvajes brotaron en coro,
los vates en cráneos sorbieron champagne,
y al pifiar agudo de un cuerno sonoro
las sombras danzaron en raro zigzag.

—

—Entonces volviendo mis ojos absortos
al Hada risueña que allí me llevó.
"¡por piedad! la dije, mis años son cortos,
¿no ves que me arrastra la horrible visión?"

También peregrino, con pasos muy lentos,
yo marchó anhelante en P')S del Ideal;
¿no ves como muere la Fé entre tormentos,
y se hace tan triste la vida fugáz?

Yo busco el sagrado País de Alegría,
Paraíso del Arte que Dante no vió;
¿no ves que se impregna de melancolía
mi espíritu débil que abate el dolor?

Tu Góndola es rauda, y en ella mi lira
dará sus canciones vibrantes de luz;
¡que cante á los rayos del sol que la inspira,
conduce tu barco á la bella Stambul!"

Cuando el Hada alegre mis frases oía,
mientras la sonrisa su faz avivó,
la GÓNDOLA blanca velóz descendía...

.....
y mi alma, muy triste, del Sueño volvió!



Mariposas Rojas

El lema de mi escudo

Esta espada quebrará
más mi fé no faltará.

ARRIBA! ¡Yá luchar! Sin fé ¿quién puede
guiar al puerto la azotada nave?
Yá el oleaje de la envidia cede,
porque valor en la ruindad no cabe.
Brote la escoria y salpicando rueda,
mientras al cielo se remonta el ave,
que aquel cieno que bulle en el pantano
no manchará el plumaje soberano!

No temo la Maldad. Si en la batalla
no siempre triunfa quien audáz provoca;
ante mi voluntad, fuerte muralla,
toda la audacia de esa turba es poca.
Si la ola recia ante la roca estalla
y es mi invariable fé cual firme roca,
¡que venga esa canalla, y en la lidia,
contra el peñón se estrellará su envidia!

Mi espada quebrará. Mas el guerrero
de voluntad serena é indomable,
que tiene en su alma el temple del acero,
no cifra su confianza en frágil sable,
porque le guía siempre en su sendero
la estrella de una gloria ineclipsable.
La fé.en el poryenir dá la victoria!
Donde está la constancia está la Gloria!

Mi fé no ha de flaquear en el combate,
como no amaina velas el piloto
ni retrocede ftntt el primer embate.
Para el marino el choque no es ignoto,
y el fuerte luchador jamás se abate
porque el débil timón se encuentra roto.
La tempestad de noche aterradora,
ha de cesar con la radiante aurora.

Yo he visto tempestades, ví tormentas
sacudiendo en el mar la frágil nave
que en medio de las olas turbulentas,
su marcha continuaba, como el ave
que aunque azotada por el viento, lentas
mueve las alas en ascenso suave.
Y luego por el mar, yá apaciguado,
ví la nave llegar al puerto ansiado.

Yo ví al reptil serpeando por el suelo,
cual se arrastra ante mí la turba necia
que siempre al atacar muestra recelo,
y que á mansalva su furor arrecia.
Está en el fango... pero escupe al cielo!
Dejadla! Puede más quien Ut desprecia!
Mas, si el veneno bulle en su garganta...
extirparlo es mejor, bajo la planta!

Las dos banderas

(ARGENTINA Y BOLIVIANA.)

En el albu de la Señorita
Ana Maria Guezalaga

ANAMARIA
zul es el color de limpio cielo,
imbo de luz en la plateada esfera;
zul y blanco, nítidos colores,
atizan el girón de tu bandera.
llí en la altura, como en santo lábaro,
efleja el iris, signo de bonanza,
los colores de él, son, de mi enseña:
mbas proclaman en el cielo *alianza!*

¡Vae victis!

Homenaje al Poeta
Don Carlos Guido Spano.

SURGE otra aurora. Ya se hundió en ocaso
la última luz del siglo diez y nueve,
sin que en sus días postrimeros lleve
la bandera de paz y humanidad;
mientras el mundo que contempla absorto
la lucha desigual de dos Naciones,
vé sucumbir un pueblo de leones
invocando, al caer, la Libertad.

Soñada Libertad! Cómo te invoca
la altiva raza que en reñida brega
ni cede ante el cañón, ni se doblega
ante un extraño y bárbaro poder.
Ese grall reino que intentara osado,
hollar del pueblo débil los derechos,
no pensó hallar en bien templados pechos
la valla inexpugnable del Deber!

Soñada. Libertad! Conquista vana
de un siglo que con ella orló su frente,
y al eclipsarse él mismo la desmiente
consagrando el poder del invasor;
siglo que pudo dirigir el rayo,
que alumbró con la luz del pensamiento,
y sin embargo en su postrer momento,
olvida la Justicia y el Honor.

Ahí está el pueblo generoso y noble,
que ha de caer en la contienda ruda,
en tanto Europa indiferente y muda,
permite se consuma la opresión.
La sangre derramada en el sendero
que le conduce á la empinada cumhre,

en el siglo que viene ha de ser: **Lumbre**,
en la Historia del mundo: **Redención!**

Lumbre que sirva de seguro faro,
y que marque el brillante derrotero
de aquellos que no temen el acero
ni inclinan ante el fuerte la cervíz;
que prefieren morir allá. ignorados,
combatiendo hasta en la última trinchera,
y los cubre el girón de su bandera
ó el escudo triunfal de su país.

Redención para el pueblo valeroso
que emprende la campaña del Derecho;
para cada cañón opone un pecho,
arma templada en lucha desigual.
Mientras no ceda en la tenáz jornada
Kruger, el viejo de alma de espartano,
y con él todo el pueblo transvaliano,
vacilará de un trono el pedestal.

Es es el trono del poder británico,
que hoy mancha su bandera inmaculada,
y oscurece la aureola conquistada
con justicia y valor, en Trafalgar;
de nuevo surge el infamante estigma
del pueblo que proclama en Santa Elena.
la venganza mezquina, la cadena,
para el que sabe impávido luchar!

Y en tanto que la Europa, conmovida;
respeto el sacrificio de esa raza,
no escucha su demanda y la rechaza,
porque teme prestarle protección;
sólo se alza la voz de Guillermina
cuya protesta encuentra resonancia
en el heroico pueblo de la Francia
que en vano clama: paz y redención!

Pero ¿qué gana un pueblo con sonrisas,
de qué le sirve oír una promesa?
—"Yo tengo el corazón en la cabeza"
contesta la Alemania... y es verdad!
Pues bien: entonces condenad al pueblo
que débil lucha contra el pueblo fuerte,
abandonadlo porque vá á la muerte,
pero callad! no habéis de Libertad!

No habéis en nombre del deber hollado,
no invoquéis la razón ni la justicia;
responded que os impulsa la codicia,
que lo exige la Ley del Vencedor!
Y hoy, al surgir el siglo XX, sea
la voz de la conciencia quien repruebe
la Libertad del siglo diez y nueve,
amparando el poder del invasor!

Paisajes Andinos

Para Constancio C. Vigil.

Nocturnal

Amenaza la tormenta. Densas nubes atraviezan en bandada
por el cielo; y en las cumbres de las rocas, sobre un páramo sombrío,

salta el rayo iluminando la guarida de las águilas salvajes,
que á los vientos lanzan quejas traducidas en sus lúgubres graznidos.

Ruje el trueno, retumbando estrepitoso en los espacios, como fiera
que en sus furias desatadas á los montes y los llanos desafía;
como fiera que no hallando un adversario que sus ímpetus refrene,
sigue impávida avanzando, mientras brama más de cerca en su embestida.

Negra nube que arrastrada por los vientos amenaza en el espacio,
se abre en medio; y una lluvia de granizos que de lo alto se descuelga,
vá extendiendo sobre el campo oscurecido y silencioso del desierto,
blanca sábana que sube hasta los montes á platear las grandes crestas.

Y en el fondo del paisaje se dibuja la silueta vacilante
de un venado que penosa y lentamente se aproxima galopando,
y las huellas que producen sus pisadas, cual pequeños ojivales,
se diseñan en la sábana bordada por los pasos del venado.

Matinal

Ha cesado la tormenta. Ya las tenues claridades que presagian
el arribo del Dios Febo, cuyos dardos á lo léjos se vislumbran,
rasgan tímidas las capas y tinieblas de una noche tenebrosa,
de una noche cuyos ecos tempestuosos dispáronse entre brumas.

En la cumbre de los montes se destacan, como sombras de un paisaje,
cientos de águilas salvajes, que saliendo de su incógnita guarida,
interrogan con mirada penetrante que se pierde en el espacio,
los misterios nocturnales que aun las tienen aterradas y entumidas.

El cadáver de un venado, medio oculto, se divisa entre la nieve,
mientras cruza por el llano una bandada de veloces golondrinas,
que se alejan, pareciendo despedirse con su rápido aleteo,
pues que todo está cubierto por la nieve que corona hasta las cimas.

Surge el astro en el Oriente. Del lujoso y régio alcázar brotan rayos,
que cual nimbos aurorales por el páramo glacial se desparraman;
y los copos de alba nieve, enrojecidos por el sol, resaltan, brillan,
semejan o gruesas perlas y rubíes que se encienden y desgranar!

SUCRE

y su Testamento

En las brillantes hojas de la historia
que guardan los recuerdos del pasado,
destaáse, de aureola coronado,
un nombre que á mi patria dio alta gloria.

Al leerlo recuerda mi memoria
la Virtud, y el Valor inmaculado,
del austero Varón que ha respetado
la Ley, en el desastre ó la victoria,

Admiro á Sucre! porque fué virtuoso,
patriótica y modesta su hidalguía,
su acero noble y siempre generosa.

Pudo más que la espada el pensamiento;
pues si aquella nos dió una patria libre
más grande la legó su Testamento.

De mi cartera

(En viaje...)

I

Salvando riscos, montes y llanuras,
avanza sin cesar la humeante máquina,
rugiendo en su carrera magestuosa
como león de crines encrespadas.

Hiende los aires con potente impulso
cual fiera que Re lanza en la embestida,
devora entre sus fauces el espacio
y arrolla la distancia que camina.

Sobre potentes músculos de acero
se precipita en rápida carrera,
resiste al huracán y airosa flota
resiste al aire su triunfal melena.

Yo te saludo gigantesco atleta!
porque al cruzar con poderoso vuelo
los más lejanos ámbitos del mundo,
eres la imagen fiel del pensamiento.

II

Tu poderoso esfuerzo es el del águila
que se alza más soberbia en el espacio;
se agranda así el humano pensamiento:
brotó la chispa y se convierte en rayo!

Ni el recio viento que en los llanos ruge
poner un freno á tu carrera pudo;
marchas augusta, sin tener barreras
ni quien detenga tu gigante impulso.

Así surge invencible el pensamiento
si rompe la prisión que lo encadena;
mientras la libertad alumbra al mundo
no habrá humano poder que lo contenga.

Libre cruza la máquina el espacio,
porque lleva la luz, lleva el progreso;
conquista fué del Siglo diez y nueve
que libre arda su antorcha: el pensamiento.

Himno Federal

Dedicado al
ejército federal de La Paz.

Música de F. J. Molina.

Coro

¡A las armas valientes soldados!
A las armas; pelead y venced!
Que el Dios Marte os conduce á la gloria
por la senda que marca el Deber.

I

Ya se escucha el clarín de la guerra,
y ese toque que os manda luchar,
es presagio también de victoria
y os ofrece un laurel. —Federal:

que se escuche el silbar de las balas,
que retumbe, no importa! el cañón;
antes quiebre en tu pecho el acero
que empañar de La Paz el honor.

II

¡A. escudar el ideal de tu pueblo,
á salvar del abismo el país,
ya se escucha el clarín de la guerra
que te manda vencer ó morir!

A regar vé tu sangre en los campos
defendiendo el patriótico ideal;
ó tremola tu insignia en la patria
ó sucumbes! —Rendirte, jamás!

III

Es tu causa muy grande y muy noble,
á pelear! te lo impone el Deber,
ya que alumbran tu enseña gloriosa
los brillantes destellos de Fé.
Ya á las puertas está el enemigo,
á su encuentro soldados marchad.
Caerá ¡vive Dios! cual las hojas
al empuje de un recio huracán!

Los Héroes

A los que gloriosamente
sucumbieron en el 2°. Crucero.

I

MÁRTIRES del deber! Habéis cardo
coronando de lauros vuestras frentes;
entre el sordo rumor que en su estallido
producen las metralas estridentes,
y el toque del clarín, cuyo sonido
marca el paso triunfal de los valientes!
Caisteis, como el roble en la montaña,
conmoviendo á los Andes vuestra hazaña.

Aun fresca está la sangre generosa
que fecundó en los campos del Crucero,
como está viva vuestra acción grandiosa,
en la que más que el temple del acero
pudo la idea de mostrar gloriosa
la santa Libertad al orbe entero.
Y al daros ese triunfo la Victoria,
os dió también la escala de la gloria.

II

Mirad! Ante el empuje irresistible
de esa legión intrépida, no puede
conservarse en ..u puesto aquel temible
contendor, que aunque fuerte, retrocede.
Caen los héroes, cae un invencible
puñado de valientes, mas no cede!
Y al ceñir la corona del Dios Marte
llamea victorioso su estandarte.

Estirpe de titánicos guerreros
que por su honor, á fé de bolivianos,
fueron en ir al campo los primeros

como en cegar el triunfo por sus manos.
Lamentar. hoy los nobles compañeros
la pérdida de amigos y de hermanos,
mas yo admiro, celebro la victoria
y un himno santo entono á su memoria.

III

¡Con qué cariño un pueblo os rinde honores,
y vela vuestras tumbas, prosternado!
Manes benditos de Ascarrunz, de Flores...
No sólo es ese pueblo denodado
quien recuerda á sus nobles defensores,
sino la Patria á la que habeis salvado!
Os fuisteis. Bien! atletas de la guerra.
La águilas no anidan en la tierra.

Zeballos, Alarcón, Jiménez. Nava!...
Al tiempo mismo que en la cruenta escena
el Triunfo vuestro esfuerzo coronaba,
triunfó también, rompiendo su cadena,
la augusta Libertad, ayer esclava!
La sangre viva que cayó en la arena,
con los rayos del Sol de la Victoria
será el limpio crisol de vuestra Gloria.

El Periodista

A la memoria de don César Sevilla.

Cual valiente soldado en la pelea,
y esclavo del deber, el periodista,
penosos lauros en la lid conquista
con el arma invencible de la idea.

Jamás en la bajeza ruin emplea
su noble esfuerzo que á luchar le alista,
que nó para mancharse estará lista
la pluma que templó la Ley de Astrea.

Trabaja por la Patria y su Progreso,
combate á los tiranos. siempre erguido
para burlar de su poder el peso;

Y al llegar á la tumba, encanecido,
sobre su altiva frente se habrá impreso
la aureola augusta del deber cumplido!

A los Héroes del Acre.

"Conservar por entre todos los
peligros la independendencia de Bolivia,
y preferir todas las desgracia y la
muerte misma de sus hijos, antes
que perder la soberanía de la
República."

ANTONIO JOSÉ DE SUCRE.

SUBLIME testamento que condensa
la aspiración suprema del patriota:
derramad vuestra sangre en su defensa,
si es preciso verted la última gota!

No canto yo al valor que se despliega
con odio personal ó fratricida;

no canto á la pasión audaz que ciega,
ni á quien por conquistar rinde su vida.

Mi canto, cual el cóndor de los Andes,
no desciende á las aguas del pantano;
busca las cumbres, las acciones grandes,
y ensalza el triunfo limpio y soberano!

Puñados de abnegados y valientes
lucharon en la homérica jornada;
yo hallé esa cumbre en sus altivas frentes
que ciñera una gloria inmaculada!

Para ellos es el himno de mi lira,
con él su gloria y su valor difundo;
y esa epopeya que mi canto inspira
es la epopeya que contempla un mundo!

Miradlos avanzar entre breñales,
venciendo los peligros, sin desmayo,
que el vuelo de las águilas caudales
jamás detuvo el huracán ni el rayo.

Flacos, enfermos, pero no rendidos,
avanzan con el arma entre las manos,
que aunque tienen los cuerpos ya rendidos
les queda el corazón de bolivianos.

Llegan allí. La fiebre los devora,
su fuerza muscular ha decaído;
¡qué importa si otra fiebre redentora
les dá el empuje del león herido!

Es la fiebre patriótica que enciende
sus pupilas inyectas en coraje;
noble ardor del soldado que comprende
su deber de vengar nefando ultraje.

Y caminando por la selva espesa
marchan en pos del grupo aventurero,
sin temer emboscada ni sorpresa
que ha de salvar el temple de su acero.

Al ruido de un disparo que se escucha
cual signo precursor de la victoria,
se aprestan presurosos á la lucha
para dar á su Patria mayor gloria.

De pié, alerta y tranquilo, un centinela
colocado á distancia, no se mueve,
aunque un clamor confuso le revela
que el enemigo ya se acerca aleve.

Dos descargas seguidas le respetan,
y permanece allí siempre sereno,
que aunque en su puesto aislado le acometan
no cederá ni un palmo de terreno.

Una bala mortal su faz contrae,
cae en su puesto sin buscar trinchera,
como el que lleva el estandarte cae
envuelto en el girón de su bandera!

Ya con él se extinguió su voz de alerta,
mas aun siento vibrar en su alta nota,
el grito del valor que se despierta
en el alma indomable del patriota.

Qué hermosa muerte! Presagiar victoria
cual el toque postrer que dá el corneta;
para entonar el himno de esa gloria...
no bastan las estrofas del poeta!

La voz de admiración que se desprende
de cada corazón, como de un templo,
nos dice á todos: por ahí se asciende!
quien llegar quiera allá... siga su ejemplo!

Allí juraron jefes y soldados
defender, con el rifle ó con la espada,
el honor, los derechos más sagrados
y el nombre de la Patria idolatrada.

¿Cumplieron su promesa? Sí, responde
premiando su valor la Patria entera,
y yo señalo la alta cumbre en donde
tremola victoriosa su bandera!

Muy pocos de esos ínclitos soldados
aun sobreviven á la gran victoria,
gastada su salud, como abrumados
por el inmenso peso de su gloria.

Día á día sucumben los valientes
que defendieron nuestros patrios lares,
y sin embargo, nuevos combatientes
siguen marchando allá por centenares.

El pueblo que contempla su heroísmo,
ese pueblo que entona su odisea,
su triunfo y sus fatigas, es el mismo
que habrá de reemplazarlo en la pelea.

¡Sublime abnegación! Si eso no inspira,
si no es grandioso, varonil y santo,
¡que callen los acordes de mi lira!
¡se extingan las estrofas de mi canto!

Los más han sucumbido en la jornada,
pocos tornaron á su hogar querido,
pero es igual la gloria acrisolada
que á su valor la Patria ha discernido.

Si los que viven aun, tienen derecho
á ceñir el Laurel de la victoria,
los otros, un altar en cada pecho
tendrán, que inmortalice su memoria.

Erigirse pudiera un monumento
que el nombre de esos héroes perpetuara,
y allí al guardar de Sucre el testamento
también esta inscripción se consignara:

En Grecia, en las Termópilas cayeron
los trescientos valientes espartanos;
y en el Acre triunfantes sucumbieron
novecientos soldados bolivianos!